

## LA LENGUA DE LAS MARIPOSAS (TEXTO COMPLETO)

"¿Qué hay, Gorrión? Espero que este año podamos ver por fin la lengua de las mariposas".

5 El maestro aguardaba<sup>1</sup> desde hacía tiempo que le enviaran un microscopio a los de la instrucción pública. Tanto nos hablaba de como se agrandaban las cosas menudas e invisibles por aquel aparato que los niños llegábamos a verlas de verdad, como si sus palabras entusiastas tuvieran un efecto de poderosas lentes.

10 "La lengua de la mariposa es una trompa enroscada<sup>2</sup> como un resorte de reloj. Si hay una flor que la atrae, la desenrolla y la mete en el cáliz<sup>3</sup> para chupar.

Cando lleváis el dedo humedecido a un tarro<sup>4</sup> de azúcar ¿a que sienten ya el dulce en la boca como si la yema<sup>5</sup> fuera la punta de la lengua? Pues así es la lengua de la mariposa". Y entonces todos teníamos envidia de las mariposas. Que maravilla. Ir por el mundo volando, con esos trajes de fiesta, y parar en flores como tabernas con barriles llenos de almíbar<sup>6</sup>.

15 Yo quería mucho a aquel maestro. Al principio, mis padres no podían creerlo. Quiero decir que no podían entender como yo quería a mi maestro. Cuando era un "picarito"<sup>7</sup>, la escuela era una amenaza terrible. Una palabra que cimbraba<sup>8</sup> en el aire como una vara de mimbre<sup>9</sup>.

"¡Ya verás cuando vayas a la escuela!"

20 Dos de mis tíos, como muchos otros mozos, emigraron a América por no ir de quintos<sup>10</sup> a la guerra de Marruecos. Pues bien, yo también soñaba con ir a América sólo por no ir a la escuela. De hecho, había historias de niños que huían al monte para evitar aquel suplicio. Aparecían a los dos o tres días, ateridos<sup>11</sup> y sin habla, como desertores del Barranco del Lobo<sup>12</sup>. Yo iba para seis años y me llamaban todos Gorrión<sup>13</sup>. Otros niños de mi edad ya trabajaban. Pero mi padre era sastre<sup>14</sup> y no tenía tierras ni ganado.

25 Prefería verme lejos y no enredando en el pequeño taller de costura. Así pasaba gran parte del día correteando por la Alameda<sup>15</sup>, y fue Cordeiro, el recolector de basura y hojas secas, el que me puso el apodo. "Pareces un gorrión".

30 Creo que nunca corrí tanto como aquel verano anterior al ingreso en la escuela. Corría como un loco y a veces sobrepasaba el límite de la Alameda y seguía lejos, con la mirada puesta en la cima del monte Sináí, con la ilusión de que algún día me saldrían alas y podría llegar a Buenos Aires. Pero jamás sobrepasé aquella montaña mágica.

"¡Ya verás cuando vayas a la escuela!"

35 Mi padre contaba como un tormento, como si le arrancara las amígdalas con la mano, la manera en que el maestro les arrancaba la *jeada*<sup>16</sup> del habla para que no dijeran *ajua* ni *jato* ni *gracias*. "Todas las mañanas teníamos que decir la frase 'Los pájaros de Guadalajara tienen la garganta llena de trigo'. ¡Muchos palos llevábamos<sup>17</sup> por culpa de Juadalagara!" Si de verdad quería meterme miedo, lo consiguió. La noche de la víspera<sup>18</sup> no dormí. Encogido en la cama, escuchaba el reloj de la pared en la sala con la angustia de un condenado. El día llegó con una claridad de mandil<sup>19</sup> de carnicero. No mentiría si les hubiese dicho a mis padres que estaba enfermo.

<sup>1</sup> esperaba

<sup>2</sup> enroulée

<sup>3</sup> calice : enveloppe extérieure à la base des fleurs en forme de vase

<sup>4</sup> pot

<sup>5</sup> bourgeon

<sup>6</sup> sirop

<sup>7</sup> un pícaro : un gosse, un coquin, un malin

<sup>8</sup> cimbrar : cingler

<sup>9</sup> une baguette en osier

<sup>10</sup> ir de quintos : être appelé sous les drapeaux

<sup>11</sup> transis de froid

<sup>12</sup> en Marruecos, sitio donde los españoles sufrieron una emboscada desastrosa durante la guerra del Rif en 1909

<sup>13</sup> un gorrión : un moineau

<sup>14</sup> tailleur, couturier

<sup>15</sup> promenade, avenue

<sup>16</sup> el hecho de sustituir *la ge* por *la jota* propio del habla gallego

<sup>17</sup> llevar palos : sufrir daños, perjuicios

<sup>18</sup> la veille

<sup>19</sup> tablier

El miedo, como un ratón, me roía<sup>20</sup> por dentro.  
 Y me meé<sup>21</sup>. No me meé en la cama sino en la escuela.  
 Lo recuerdo muy bien. Pasaron tantos años y todavía siento una humedad cálida y vergonzosa  
 45 escurriendo<sup>22</sup> por las piernas. Estaba sentado en el último pupitre, medio escondido con la  
 esperanza de que nadie se percatara<sup>23</sup> de mi existencia, hasta poder salir y echar a volar por la  
 Alameda.  
 "A ver, usted, ¡póngase de pie!"  
 El destino siempre avisa. Levanté los ojos y vi con espanto que la orden iba para mi. Aquel  
 50 maestro feo como un bicho me señalaba con la regla. Era pequeña, de madera, pero a mi me  
 pareció la lanza de Abd el-Krim<sup>24</sup>.  
 "¿Cuál es su nombre?"  
 "Gorrión".  
 Todos los niños rieron a carcajadas. Sentí como si me batieran con latas<sup>25</sup> en las orejas.  
 "¿Gorrión?"  
 55 No recordaba nada. Ni mi nombre. Todo lo que yo había sido hasta entonces había  
 desaparecido de mi cabeza. Mis padres eran dos figuras borrosas que se desvanecían en la  
 memoria. Miré cara al ventanal, buscando con angustia los árboles de la alameda.  
 Y fue entonces cuando me meé.  
 Cuando se dieron cuenta los otros rapaces<sup>26</sup>, las carcajadas aumentaron y resonaban como  
 60 trallazos<sup>27</sup>.  
 Huí. Eché a correr como un loquito con alas. Corría, corría como solo se corre en sueños y  
 viene tras de uno el Sacaúnto<sup>28</sup>. Yo estaba convencido de que eso era lo que hacía el maestro.  
 Venir tras de mi. Podía sentir su aliento en el cuello y el de todos los niños, como jauría<sup>29</sup> de  
 65 perros a la caza de un zorro. Pero cuando llegué a la altura del palco de la música<sup>30</sup> y miré cara  
 atrás, vi que nadie me había seguido, que estaba solo con mi miedo, empapado de sudor y de  
 meos. El palco estaba vacío. Nadie parecía reparar en mi, pero yo tenía la sensación de que  
 toda la villa estaba disimulando, que docenas de ojos censuradores acechaban<sup>31</sup> en las  
 70 ventanas, y que las lenguas murmuradoras no tardarían en llevarle la noticia a mis padres. Las  
 piernas decidieron por mi. Caminaron hacia al Sináí con una determinación desconocida  
 hasta entonces. Esta vez llegaría hasta A Coruña y embarcaría de polisón<sup>32</sup> en uno de esos  
 navíos que llevan a Buenos Aires.

Desde la cima del Sináí no se veía el mar sino otro monte más grande todavía, con peñascos  
 recortados como torres de una fortaleza inaccesible. Ahora recuerdo con una mezcla de  
 75 asombro y nostalgia lo que tuve que hacer aquel día. Yo sólo, en la cima, sentado en silla de  
 piedra, bajo las estrellas, mientras en el valle se movían como luciérnagas<sup>33</sup> los que con candil<sup>34</sup>  
 andaban en mi búsqueda. Mi nombre cruzaba la noche cabalgando sobre los aullidos de los  
 perros. No estaba sorprendido. Era como si atravesara la línea del miedo. Por eso no lloré ni  
 me resistí cuando llegó donde apareció junto a mí la sombra regia<sup>35</sup> de Cordeiro. Me envolvió  
 80 con su chaquetón y me abrazó en su pecho. "Tranquilo Gorrión, ya pasó todo".  
 Dormí como un santo aquella noche, pegadito a mamá. Nadie me reprendió. Mi padre se  
 había quedado en la cocina, fumando en silencio, con los codos sobre el mantel de hule<sup>36</sup>, las

<sup>20</sup> roer : ronger

<sup>21</sup> mearse : faire sur soi

<sup>22</sup> escurrir : couler

<sup>23</sup> = se diera cuenta

<sup>24</sup> protagonista de la descolonización de Marruecos durante la guerra del Rif

<sup>25</sup> lata : boîte de conserve

<sup>26</sup> los otros chavales, niños

<sup>27</sup> coups de corde

<sup>28</sup> = el hombre del saco : personaje de leyenda que tenía la fama de llevarse a los niños traviesos en un saco

<sup>29</sup> une meute

<sup>30</sup> kiosque à musique

<sup>31</sup> acechar : guetter

<sup>32</sup> passager clandestin

<sup>33</sup> vers luisant

<sup>34</sup> lampe

<sup>35</sup> propia de un rey

<sup>36</sup> toile cirée

- colillas<sup>37</sup> amontonadas en el cenicero de concha de vieira, tal como pasara cuando había muerto la abuela.
- Tenía la sensación de que mi madre no me había soltado de la mano en toda la noche.
- 85 Así me llevó, agarrado como quien lleva un serón<sup>38</sup> en mi vuelta a la escuela. Y en esta ocasión, con corazón sereno, pude fijarme por vez primera en el maestro. Tenía la cara de un sapo<sup>39</sup>.
- El sapo sonreía. Me pellizcó<sup>40</sup> la mejilla con cariño. "¡Me gusta ese nombre, Gorrión!". Y aquel pellizco me hirió como un dulce de café. Pero lo más increíble fue cuando, en el medio de un silencio absoluto, me llevó de la mano cara a su mesa y me sentó en su silla. Y permaneció de pie, agarró un libro y dijo:
- 90 "Tenemos un nuevo compañero. Es una alegría para todos y vamos a recibirlo con un aplauso". Pensé que me iba a mear de nuevo por los pantalones, pero sólo noté una humedad en los ojos. "Bien, y ahora, vamos a comenzar con un poema. ¿A quien le toca? ¿Romualdo?"
- 95 Ven, Romualdo, acércate. Ya sabes, despacito y en voz bien alta".
- A Romualdo los pantalones cortos le quedaban ridículos. Tenía las piernas muy largas y oscuras, con las rodillas llenas de heridas.
- Una tarde parda y fría...
- 100 "Un momento, Romualdo, ¿qué es lo que vas a leer?"
- "Una poesía, señor".
- "¿Y como se titula?"
- "Recuerdo infantil. Su autor es don Antonio Machado".
- 105 "Muy bien, Romualdo, adelante. Despacito y en voz alta. Repara en la puntuación".
- El llamado Romualdo, a quien yo conocía de acarrear sacos de piñas<sup>41</sup> como niño que era de Altamira, carraspeó<sup>42</sup> como un viejo fumador de picadura<sup>43</sup> y leyó con una voz increíble, espléndida, que parecía salida de la radio de Manolo Suárez, el indiano<sup>44</sup> de Montevideo.
- 110 Una tarde parda y fría  
de invierno. Los colegiales  
estudian. Monotonía  
de lluvia tras los cristales.  
Es la clase. En un cartel
- 115 se representa a Caín  
fugitivo, y muerto Abel,  
junto a una marcha carmín...
- "Muy bien. ¿Qué significa monotonía de lluvia, Romualdo?", preguntó el maestro.
- 120 "Que llueve después de llover, don Gregorio".
- "¿Rezaste?", preguntó mamá, mientras pasaba la plancha<sup>45</sup> por la ropa que papá había cocido durante el día. En la cocina, la olla<sup>46</sup> de la cena despedía un aroma amargo de nabiza<sup>47</sup>.
- "Pues sí", dije yo no muy seguro. "Una cosa que hablaba de Caín y Abel".
- 125 "Eso está bien", dijo mamá. "No se por que dicen que ese nuevo maestro es un ateo".
- "¿Qué es un ateo?"
- "Alguien que dice que Dios no existe". Mamá hizo un gesto de desagrado y pasó la plancha con energía por las arrugas de un pantalón.

---

<sup>37</sup> les mégots

<sup>38</sup> une couffe (panier de pêcheur)

<sup>39</sup> un crapaud

<sup>40</sup> pellizcar : pincer

<sup>41</sup> pommes de pin

<sup>42</sup> se racler la gorge

<sup>43</sup> = tabaco

<sup>44</sup> dicho de una persona: que vuelve rica de América

<sup>45</sup> le fer à repasser

<sup>46</sup> la marmite

<sup>47</sup> feuille de navet

- 130 "¿Papá es un ateo?"  
Mamá posó la plancha y me miró fijo.  
"¿Cómo va a ser papá un ateo? ¿Cómo se te ocurre preguntar esa pavada<sup>48</sup>?"
- Yo había escuchado muchas veces a mi padre blasfemar contra Dios. Lo hacían todos los hombres. Cuando algo iba mal, escupían<sup>49</sup> en el suelo y decían esa cosa tremenda contra Dios.
- 135 Decían dos cosas: Cajo<sup>50</sup> en Dios, cajo en el Demonio. Me parecía que sólo las mujeres creían de verdad en Dios.  
"¿Y el Demonio? ¿Existe el Demonio?"  
"¡Por supuesto!"
- 140 El hervor<sup>51</sup> hacía bailar la tapa de la olla. De aquella boca mutante salían vaharadas de vapor e gargajos de espuma y berza<sup>52</sup>. Una abeja revoloteaba en el techo alrededor de la lámpara eléctrica que colgaba de un cable trenzado. Mamá estaba enfurruñada<sup>53</sup> como cada vez que tenía que planchar. Su cara se tensaba cuando marcaba la raya de las perneras<sup>54</sup>. Pero ahora hablaba en un tono suave y algo triste, como si se refiriera a un desvalido<sup>55</sup>.  
"El Demonio era un ángel, pero se hizo malo".
- 145 La abeja batió contra la lámpara, que osciló ligeramente y desordenó las sombras.  
"El maestro dijo hoy que las mariposas también tienen lengua, una lengua finita y muy larga, que llevan enrollada como el resorte de un reloj. Nos la va a enseñar con un aparato que le tienen que mandar de Madrid. ¿A que parece mentira eso de que las mariposas tengan lengua?"
- 150 "Si él lo dice, es cierto. Hay muchas cosas que parecen mentira y son verdad. ¿Te gusta la escuela?"  
"Mucho. Y no pega. El maestro no pega".

- 155 No, el maestro don Gregorio no pegaba. Por lo contrario, casi siempre sonreía con su cara de sapo. Cuando dos peleaban en el recreo, los llamaba, "parecéis carneros<sup>56</sup>", y hacía que se dieran la mano.  
Luego, los sentaba en el mismo pupitre. Así fue como hice mi mejor amigo, Dombodán, grande, bondadoso y torpe<sup>57</sup>. Había otro rapaz, Eladio, que tenía un lunar<sup>58</sup> en la mejilla, al que le hubiera zurrado<sup>59</sup> con gusto, pero nunca lo hice por miedo a que el maestro me mandara darle la mano y que me cambiara junto a Dombodán. El modo que tenía don Gregorio de mostrar un gran enfado era el silencio.  
"Si ustedes no se callan, tendré que callar yo".
- 160 Y iba cara al ventanal, con la mirada ausente, perdida en el Sinaí. Era un silencio prolongado, desasosegante<sup>60</sup>, como si nos dejara abandonados en un extraño país.
- 165 Sentí pronto que el silencio del maestro era el peor castigo imaginable. Porque todo lo que tocaba era un cuento fascinante. El cuento podía comenzar con una hoja de papel, después de pasar por el Amazonas y el sístole y diástole del corazón<sup>61</sup>. Todo se enhebraba<sup>62</sup>, todo tenía sentido. La hierba, la oveja, la lana, mi frío. Cuando el maestro se dirigía al mapamundi, nos quedábamos atentos como si se iluminara la pantalla del cine Rex. Sentíamos el miedo de los indios cuando escucharon por vez primera el relincho de los caballos y el estampido del arcabuz<sup>63</sup>. Íbamos a lomo de los elefantes de Aníbal de Cartago por las nieves de los Alpes,

<sup>48</sup> = tontería

<sup>49</sup> escupir : cracher

<sup>50</sup> otro caso de « jeda » Cf. nota 15

<sup>51</sup> l'ébullition

<sup>52</sup> brocolis

<sup>53</sup> renfrognée, maussade

<sup>54</sup> jambes

<sup>55</sup> un handicapé

<sup>56</sup> des agneaux

<sup>57</sup> maladroit

<sup>58</sup> un grain de beauté

<sup>59</sup> zurrar = dar golpes

<sup>60</sup> inquiétant, angoissant

<sup>61</sup> systole et diastole : contractions du coeur

<sup>62</sup> enhebrarse : prendre forme (fig.)

<sup>63</sup> le coup de feu de l'arquebuse

- camino de Roma. Luchamos con palos y piedras en Ponte Sampaio<sup>64</sup> contra las tropas de Napoleón. Pero no todo eran guerras.
- 175 Hacíamos hoces y rejas de arado<sup>65</sup> en las herrerías<sup>66</sup> del Inicio. Escribimos cancioneros de amor en Provenza y en el mar de Vigo. Construimos el Pórtico da Gloria<sup>67</sup>. Plantamos las patatas que vinieron de América. Y a América emigramos cuando vino la peste de la patata. "Las patatas vinieron de América", le dije a mi madre en el almuerzo, cuando dejó el plato delante mío.
- 180 "¡Que iban a venir de América! Siempre hubo patatas", sentenció ella. "No. Antes se comían castañas. Y también vino de América el maíz". Era la primera vez que tenía clara la sensación de que, gracias al maestro, sabía cosas importantes de nuestro mundo que ellos, los padres, desconocían.
- 185 Pero los momentos más fascinantes de la escuela eran cuando el maestro hablaba de los bichos. Las arañas de agua inventaban el submarino. Las hormigas cuidaban de un ganado que daba leche con azúcar y cultivaban hongos<sup>68</sup>. Había un pájaro en Australia que pintaba de colores su nido con una especie de óleo que fabricaba con pigmentos vegetales. Nunca me olvidaré. Se llamaba *tilonorrinco*. El macho ponía una orquídea en el nuevo nido para atraer a la hembra<sup>69</sup>.
- 190 Tal era mi interés que me convertí en el suministrador de bichos de don Gregorio y él me acogió como el mejor discípulo. Había sábados y feriados que pasaba por mi casa y íbamos juntos de excursión. Recorríamos las orillas del río, las *gándaras*<sup>70</sup>, el bosque, y subíamos al monte Sinaí. Cada viaje de esos era para mí como una ruta del descubrimiento. Volvíamos siempre con un tesoro. Una mantis. Un caballito del diablo<sup>71</sup>. Un *escornabois*<sup>72</sup>. Y una mariposa distinta cada vez, aunque yo solo recuerde el nombre de una es la que el maestro llamó Iris, y que brillaba hermosísima posada en el barro o en el estiércol<sup>73</sup>.
- 195 De regreso, cantábamos por los caminos como dos viejos compañeros. Los lunes, en la escuela, el maestro decía: "Y ahora vamos a hablar de los bichos de Gorrión". Para mis padres, esas atenciones del maestro eran una honra. Aquellos días de excursión, mi madre preparaba la merienda para los dos. "No hacía falta, señora, yo ya voy comido", insistía don Gregorio. Pero a la vuelta, decía: "Gracias, señora, exquisita la merienda". "Estoy segura de que pasa necesidades", decía mi madre por la noche.
- 200 "Los maestros no ganan lo que tienen que ganar", sentenciaba, con sentida solemnidad, mi padre. "Ellos son las luces de la República".
- 205 "¡La República, la República! ¡Ya veremos donde va a parar la República!" Mi padre era republicano. Mi madre, no. Quiero decir que mi madre era de misa diaria y los republicanos aparecían como enemigos de la Iglesia. Procuraban no discutir cuando yo estaba delante, pero muchas veces los sorprendía. "¿Qué tienes tu contra Azaña<sup>74</sup>? Esa es cosa del cura, que te anda calentando la cabeza".
- 210 "Yo a misa voy a rezar", decía mi madre. "Tú, sí, pero el cura no". Un día que don Gregorio vino a recogerme para ir a buscar mariposas, mi padre le dijo que, si no tenía inconveniente, le gustaría "tomarle las medidas para un traje".
- 215 El maestro miró alrededor con desconcierto. "Es mi oficio", dijo mi padre con una sonrisa. "Respeto muchos los oficios", dijo por fin el maestro.

<sup>64</sup> famoso puente gallego donde las tropas invasoras de Napoleón encabezadas por el mariscal Ney fueron derrotadas en 1809 por los gallegos

<sup>65</sup> des houes et des socs de charrue

<sup>66</sup> les forges

<sup>67</sup> entrada monumental de la catedral de Santiago de Compostela de estilo románico

<sup>68</sup> champignons

<sup>69</sup> la femelle

<sup>70</sup> petits lacs

<sup>71</sup> = libélula

<sup>72</sup> = Un ciervo volante : un scarabée volant (lucane)

<sup>73</sup> le fumier

<sup>74</sup> Segundo y último presidente efectivo de la Segunda República Española. Socialista.

- Don Gregorio llevó puesto aquel traje durante un año y lo llevaba también aquel día de julio de 1936 cuando se cruzó conmigo en la alameda, camino del ayuntamiento.
- 220 "¿Qué hay, Gorrión? A ver si este año podemos verles por fin la lengua a las mariposas".  
Algo extraño estaba por suceder. Todo el mundo parecía tener prisa, pero no se movía. Los que miraban para la derecha, viraban cara a la izquierda. Cordeiro, el recolector de basura y hojas secas, estaba sentado en un banco, cerca del palco de la música. Yo nunca había visto
- 225 sentado en un banco a Cordeiro. Miró cara para arriba, con la mano de visera. Cuando Cordeiro miraba así y callaban los pájaros era que venía una tormenta.  
Sentí el estruendo de una moto solitaria. Era un guarda con una bandera sujeta en el asiento de atrás. Pasó delante del ayuntamiento y miró cara a los hombres que conversaban inquietos en el porche. Gritó: "¡Arriba España!" Y arrancó de nuevo la moto dejando atrás una estela de estallidos.
- 230 Las madres comenzaron a llamar por los niños. En la casa, parecía haber muerto otra vez la abuela. Mi padre amontonaba colillas en el cenicero y mi madre lloraba y hacía cosas sin sentido, como abrir el grifo del agua y lavar los platos limpios y guardar los sucios.  
Llamaron a la puerta y mis padres miraron el picaporte<sup>75</sup> con desazón<sup>76</sup>. Era Amelia, la vecina, que trabajaba en la casa de Suárez, el indiano.
- 235 "¿Saben lo que está pasando? En la Coruña los militares declararon el estado de guerra. Están disparando contra el Gobierno Civil".  
"¡Santo cielo!", se persignó mi madre.
- "Y aquí", continuó Amelia en voz baja, como si las paredes oyeran, " Se dice que el alcalde llamó al capitán de carabineros pero que este mandó decir que estaba enfermo",  
240 Al día siguiente no me dejaron salir a la calle. Yo miraba por la ventana y todos los que pasaban me parecían sombras encogidas<sup>77</sup>, como si de pronto cayera el invierno y el viento arrastrara a los gorriones de la Alameda como hojas secas.  
Llegaron tropas de la capital y ocuparon el ayuntamiento. Mamá salió para ir a la misa y volvió
- 245 pálida y triste, como si se hiciera vieja en media hora.  
"Están pasando cosas terribles, Ramón", oí que le decía, entre sollozos, a mi padre. También él había envejecido. Peor todavía. Parecía que había perdido toda voluntad.  
Se arrellanó<sup>78</sup> en un sillón y no se movía. No hablaba. No quería comer.
- 250 "Hay que quemar las cosas que te comprometan, Ramón. Los periódicos, los libros. Todo"  
Fue mi madre la que tomó la iniciativa aquellos días. Una mañana hizo que mi padre se arreglara bien y lo llevó con ella a la misa. Cuando volvieron, me dijo: "Ven, Moncho, vas a venir con nosotros a la alameda".  
Me trajo la ropa de fiesta y, mientras me ayudaba a anudar la corbata, me dijo en voz muy
- 255 grave:"Recuerda esto, Moncho. Papá no era republicano. Papá no era amigo del alcalde. Papá no hablaba mal de los curas. Y otra cosa muy importante, Moncho. Papá no le regaló un traje al maestro".  
"Si que lo regaló".  
"No, Moncho. No lo regaló. ¿Entendiste bien? ¡No lo regalo!"
- 260 Había mucha gente en la Alameda, toda con ropa de domingo. Bajaban también algunos grupos de las aldeas, mujeres enlutadas<sup>79</sup>, paisanos viejos de chaleco y sombrero, niños con aire asustado, precedidos por algunos hombres con camisa azul y pistola en el cinto. Dos filas de soldados abrían un corredor desde la escalinata del ayuntamiento hasta unos camiones con remolque entoldado<sup>80</sup>, como los que se usaban para transportar el ganado<sup>81</sup> en la feria grande.  
Pero en la alameda no había el alboroto de las ferias sino un silencio grave, de Semana Santa.
- 265 La gente no se saludaba. Ni siquiera parecían reconocerse los unos a los otros. Toda la atención estaba puesta en la fachada del ayuntamiento.

<sup>75</sup> l'anneau de la porte

<sup>76</sup> désarroi

<sup>77</sup> recroquevillés

<sup>78</sup> arrellanarse : s'enfoncer

<sup>79</sup> vêtue de noir

<sup>80</sup> des camions bâchés

<sup>81</sup> le bétail, les animaux

Un guardia entreabrió la puerta y recorrió el gentío<sup>82</sup> con la mirada. Luego abrió del todo e hizo un gesto con el brazo. De la boca oscura del edificio, escoltados por otros guardas, salieron los detenidos, iban atados de manos y pies, en silente cordada. De algunos no sabía el nombre, pero conocía todos aquellos rostros. El alcalde, el de los sindicatos, el bibliotecario del ateneo Resplandor Obrero, Charli, el vocalista de la orquesta Sol y Vida, el cantero quien llamaban Hércules, padre de Dombodán... Y al cabo de la cordada, jorobado<sup>83</sup> y feo como un sapo, el maestro.

270 Se escucharon algunas órdenes y gritos aislados que resonaron en la Alameda como petardos. Poco a poco, de la multitud fue saliendo un ruge-ruge<sup>84</sup> que acabó imitando aquellos insultos. "¡Traidores! ¡Criminales! ¡Rojos!"

275 "Grita tu también, Ramón, por lo que más quieras, ¡grita!". Mi madre llevaba agarrado del brazo a papá, como si lo sujetara con toda su fuerza para que no desfalleciera. "¡Que vean que gritas, Ramón, que vean que gritas!"

280 Y entonces oí como mi padre decía "¡Traidores" con un hilo de voz. Y luego, cada vez más fuerte, "¡Criminales! ¡Rojos!" Saltó del brazo a mi madre y se acercó más a la fila de los soldados, con la mirada enfurecida cara al maestro. "¡Asesino! ¡Anarquista! ¡Comeniños!"

Ahora mamá trataba de retenerlo y le tiró de la chaqueta discretamente. Pero él estaba fuera de sí. "¡Cabrón! ¡Hijo de mala madre! Nunca le había escuchado llamar eso a nadie, ni siquiera al árbitro en el campo de fútbol. "Su madre no tiene la culpa, ¿eh, Moncho?, recuerda eso". Pero ahora se volvía cara a mi enloquecido y me empujaba con la mirada, los ojos llenos de lágrimas y sangre. "¡Grítale tú también, Monchiño, grítale tú también!"

285 Cuando los camiones arrancaron cargados de presos, yo fui uno de los niños que corrían detrás tirando piedras. Buscaba con desesperación el rostro del maestro para llamarle traidor y criminal. Pero el convoi era ya una nube de polvo a lo lejos y yo, en el medio de la alameda, con los puños cerrados, sólo fui capaz de murmurar con rabia: "¡Sapo! ¡Tilonorrinco! ¡Iris!"

290

Manuel Rivas, *¿Qué me quieres, amor?* 1995

---

<sup>82</sup> = la multitud

<sup>83</sup> bossu

<sup>84</sup> = un murmullo

#### A/ El marco geográfico e histórico

1. ¿En qué parte de España transcurre esta historia?
2. Sitios mencionados :
3. ¿En qué contexto histórico preciso se desarrolla?
4. Personajes históricos, acontecimientos mencionados

#### B/ Personajes

1. Protagonista : nombre, apodo
2. Familia : composición, ocupación
3. Amigos
4. Otros personajes relevantes

#### C/ Resumen lineal de la historia

#### D/ Temas que estudiar

- La fama de la escuela
- La llegada a la escuela: el primer día
- El retrato del maestro
- Las lecciones del maestro
- La personalidad de Moncho
- Los vínculos que unen el maestro con Moncho
- Quietud y riñas familiares
- La intrusión de la historia
- Lo patético del desenlace
- Lo que el título significa



#### E/ Fragmentos que estudiar más detenidamente

**Gorrión** : 32 – 71

"¡Ya verás cuando vayas a la escuela!"

→ "Buenos Aires"

**El maestro no pega** : 154-182

"No, el maestro don Gregorio no pegaba" → "los padres, desconocían"

**Grítale tú también** : 264 → final

"Pero en la alameda" → final

